

yor del batallon, Garrido, que era á la sazón músico de la Columna de Granaderos, á quien en las diligencias se dá el nombre de José María, el cual dijo haber sido él (Garrido) el primero que dió aviso al gobierno de la revolucion que tramaba el cura Hidalgo, de que dió parte á Berzábal, quien instruyó por medio de declaraciones y datos la denuncia que se hizo, y por no dejar expuesto á Garrido, de acuerdo con el intendente, lo tuvieron en un calabozo hasta la víspera de asaltar los insurgentes la ciudad.

Todas estas noticias, así como las dos informaciones reunidas en un cuaderno, existen en la familia y me las ha franqueado el Sr. D. Francisco J. Arranz, quien me honra con su amistad.

DOCUMENTO NUM. 18.

LIB. 2.º CAP. 2.º FOL. 462.

Relacion que hizo al virrey Venegas el coronel D. Diego Garcia Conde, de todos los sucesos ocurridos en el ejército de Hidalgo desde el día 7 de Octubre, en que el mismo Garcia Conde y sus compañeros fueron aprehendidos en las inmediaciones de Acámbaro por el torero Luna, hasta el 7 de Noviembre en que quedaron libres en Aculco, á consecuencia de la victoria ganada en aquel punto por el ejército real, bajo las órdenes del brigadier D. Felix Maria Calleja.

Exmo. Sr.—Después de la feliz victoria de Aculco que me dió milagrosamente la libertad, pensé pasar á esa ciudad, para dar á V. E. noticias exactas y circunstanciadas del manejo y proyecto de los enemigos que me habían llevado con su ejército á todas partes, durante el mes completo de mi prision; pero mejor aconsejado por el riesgo de volver á caer en sus manos, lo suspendí proponiéndome dar á V. E. por escrito puntual noticia de todos mis sucesos.

Las ocupaciones de mi empleo, las marchas no interrumpidas, y la falta de comodidad en el campo, no me lo han permitido hasta tanto que el día de descanso que tenemos hoy en esta ciudad, adonde hemos regresado del campo de Marfil, me proporciona así la digresion como la falta de elegancia, en honor de la verdad, de cuanto me ha acaecido.

¹ Quiso decir sin duda, que por el escaso tiempo que le daba la corta digresion que hacia en sus ocupaciones en aquel día de descanso, dispense el virrey la falta de elegancia en su narracion.

Después que merecí á V. E. el ascenso á coronel de Dragones Provinciales de Puebla, y el mando de las armas de la provincia de Michoacan, salí de esa capital en compañía de los Sres. Rul y Merino el día 3 de Octubre para la ciudad de Valladolid, día justamente en que salía el correo de esa capital, lo que aumentaba el riesgo de caer en poder de los insurgentes, por la noticia que nos habían dado de estar interrumpida la comunicacion en Acámbaro: llegamos felizmente á la hacienda de Apéo, distante dos leguas de Marabatio, el día 6, y por las cartas de recomendacion que llevábamos, adquirimos noticia de los administradores de las haciendas inmediatas, para disponer nuestro tránsito con ménos riesgo.

Todos unánimes nos dijeron que el pueblo de Acámbaro estaba tranquilo, que iban y venian coches sin la menor novedad, y aunque fui de opinion de que tomásemos caballos en Marabatio y cruzar la sierra por no tocar en Acámbaro, se opusieron todos diciendo que seria hacerlos entrar en sospecha, pues se sabia ya nuestra ida por el correo, y que en el caso de querernos cojer, saldrian á verificarlo por la misma sierra, y que por tanto, tenian por mas oportuno pasar disimuladamente por el arrabal del pueblo sin hacer alto en él, y apostar tiros en el camino para hacer el viaje con celeridad. Así lo ejecutamos, pero con la desgracia de estar ya vendidos por todos, hasta de los cocheros que nos pusieron en el camino, los que nos hicieron remudar una mula á la entrada del pueblo y otra á la salida, suponiendo cansancio y enfermedad; de suerte que á dos leguas de haber pasado por Acámbaro, vimos venir como doscientos hombres á caballo para cortarnos, y mas de trescientos á pié por la cañada, habiéndonos abandonado diez y seis vaqueros que pedimos de escolta, y sin mas defensa para la resistencia, que la que podíamos hacer los seis individuos que íbamos en dos coches.

Nos apeamos prontamente, y yo sin sombrero por no detenerme á cojerlo, teniendo en una mano una pistola y desenvainando parte del sable, para hacer mas pronto uso de él en caso necesario, hice que todos los demas se pusiesen detras de mí, y apuntando la pistola al torero Luna que venia capitaneando su gente, le mandé hacer alto á cosa de diez pasos, preguntándole qué queria y á quien buscaba; pero á una seña que yo no advertí y que hizo á los indios otro que venia á caballo junto á él, empezaron á llover piedras tiradas con hondas sobre nosotros, y al querer sortear una que venia directamente, me ganó Luna la accion por detras, dándome una lanzada en la cabeza que me tiró redondo en el suelo sin sentidos, y cuando volví en mí ya me encontré todo chorroado de sangre, y desarmado, y rodeado de gente á pié y á caballo, que me dieron una pedrada en la mano izquier-

da, otra en cada espaldilla, una cuchillada en la mano derecha, y otra en la oreja izquierda; de suerte que aquella infernal canalla, á pesar de verme indefenso, se saciaba en martirizarme; me ataron fuertemente con una reata, y llegando otro de sus mandones que les reprendió el trato que me daban, me hizo entrar en el coche con Rul y Merino, este gravemente herido en el costado izquierdo, y Rul con una cuchillada en la cabeza.

Entramos á las cinco de la tarde en Acámbaro, en medio de la gritería de inmenso pueblo que pedía nuestras cabezas y acabar con todos los gachupines; creímos que nos despedazaban, pero se reservaron nuestras vidas para mayores y repétidos insultos.

Nos metieron en un cuarto del meson rodeados de centinelas, y vino un cirujano á reconocernos las heridas: fué necesario confesar á Merino, al cocinero de Rul y á su asistente, y aunque primero determinaron dejar á Merino en el pueblo hasta su restablecimiento, lo hicieron salir poco despues con nosotros, haciéndonos continuar la marcha á las once de la misma noche para Celaya, donde llegamos á la una del día inmediato, desfallecidos y consternados, tanto de los dolores que las heridas nos causaban, como por ver la infamia de la plebe que nos amenazaba con las expresiones mas indecentes que pueden imaginarse.

Allí fué donde nos vimos del todo saqueados, sin tener ropa que mudarnos y solo con el colchon que nos quisieron dejar; pero Dios nos deparó para nuestro consuelo al Lic. D. Carlos Camargo, que nos atendió en cuanto pudo, facilitándonos un buen cirujano con todos los ingredientes necesarios á nuestra curacion y el método que debíamos observar, una muda de ropa á cada uno que rescató de los acambareños, y cien pesos para lo que se nos pudiese ofrecer.

La mañana siguiente salimos para San Miguel el Grande con los mismos insultos de la plebe y aun mayor riesgo, porque íbamos encontrando las divisiones del ejército de Aldama, y todos nos recibían con los mismos vituperios y amenazas.

A las seis de la tarde llegamos á una y media legua de San Miguel, donde encontramos á Aldama, mariscal de campo entre ellos y general de su ejército, á caballo, en mangas de camisa, con sable y un par de pistolas de gancho en el cinturon, sombrero blanco, y una manta ó frazada sobre el arzon de la silla, quien despues de habernos hecho reconocer para ver si traíamos alguna arma oculta, con palabras muy indecentes nos hizo volver atras, entrando nuevamente en Celaya á la una de la noche, sin darnos otro alimento que un pocillo de chocolate al recojernos, desde otro igual que al amanecer nos habian dado.

Ya desde entonces seguimos con su ejército por los pueblos de Acámbaro, Zinapécuaro é Indaparapeo, donde nos detuvimos

dos días, esperando los ejércitos del cura Hidalgo y el de Allende que se nos incorporaron.

Este me fué á visitar aquella misma noche, acompañado de una numerosa guardia, y rodeado de doce ó catorce coroneles y tenientes coroneles de los suyos, espada en mano, que siempre le llevaban en medio cuando salía de su habitacion para cualquiera parte.

Nos hizo pasar á Merino y á mí á otro cuarto inmediato donde nos recibió con mucho agrado, y sentados los tres á vista de sus jefes, siempre de centinela, entablamos una conversacion larga sobre los motivos de la insurreccion: nos contó su historietta, pues así la llamaba, reducida á que de resultas de haber hecho crítica de varias gacetas nuestras, supo que por el gobierno se le queria prender, y que no siendo justo que un hombre de sus circunstancias se dejase aprisionar por cuatro polizones, habia dado el grito con el cura Hidalgo, con unos resultados tan felices, que ya contaba con mas de 80.000 hombres sobre las armas y las mas de las capitales de las provincias ganadas por aquellos, esperando solamente tenerlos á la vista para entregarse, como sucederia igualmente con todas las tropas poseidas de los mismos deseos, porque el encono contra los europeos era general y justo, pues no era razon que una alhaja tan preciosa como esta, se viese subyugada por unos hombres de tan pocos principios como los que generalmente venian de Europa. Hasta aquí me ví en la necesidad de sufrirlo; pero tomé la palabra demostrándole, cuan equivocado estaba sobre el concepto de las capitales de las provincias y nuestras tropas, que todas conocian la injusticia de la insurreccion en este reino: que el mismo principio de ella, segun me acababa de insinuar, manifestaba patentemente los malos resultados que debia tener, pues trataba de vengar un agravio particular con la ruina del reino, y que aun cuando consiguiese el exterminio de los europeos, que estaba muy distante de poderse realizar, debian esperar de una indiada ya sedienta de sangre que no se contentaria con los europeos, sino que acabaria con los blancos del pais, principiando por ellos: que en punto á la falta de principios de los europeos trasladados aquí, merecia mucha excepcion, pues en tiempos antiguos, cuando la navegacion ofrecia tantas dificultades, pudieron venir algunos de bajas circunstancias, arrostrándolas todas por mejorar de suerte; pero que ya facilitados los mares por el continuo comercio por una parte, y por otra, las calamidades ocurridas en la península en estos últimos tiempos, habían ocasionado la venida á este reino de personas muy distinguidas, dignas de la mejor opinion pública.

Á estas y otras muchas razones que le expuse, hubo de con-

vencerse y confesar ser ciertas las fatales consecuencias que debía prometerse este reino por la insurreccion; pero que ya la cosa estaba hecha y que no tenia remedio, consolándose con que, en el caso de suceder todo conforme yo lo temia, quedarian estos paises en favor de los indios sus primeros dueños; y le añadí que jamas llegaria este caso, porque aun cuando la España por las calamidades del dia, no pudiese vengar su ofensa, habia otras dos naciones muy fuertes, que cualesquiera de ellas impediria á los indios la posesion, y con unos tratos muy distintos de los que recibian de los españoles.

Interrumpió esta conversacion el general Aldama, dándole parte, con todo el tratamiento de excelencia, de haber regresado la partida del torero Luna que habia ido infructuosamente al alcance del señor obispo de Valladolid, y contestó Allende con muchísima afectacion, que sentia mucho se le hubiese escapado, porque deseaba darle pruebas de su verdadera estimacion; con esto nos despedimos, y me ofreció que respecto á que marcháramos con el ejército, nos repetiría sus visitas.

La mañana siguiente llegaron de Valladolid un canónigo por parte de la catedral, un regidor por el cuerpo de ciudad, y un jefe militar por las armas, á hacer entrega de la ciudad al cura Hidalgo, adonde nos dirigimos el mismo dia con el ejército, y segun nos aseguraron, suspendió el citado Hidalgo de sus prebendas á varios canónigos por no haber salido á recibirlo; pero informado de no haber sido citados para su llegada, los volvió á poner en posesion.

A nosotros nos tuvieron mas de hora y media, como era de costumbre, en medio de la plaza y calle principal, con el pretexto de no saber el alojamiento, oyendo los insultos y continua griteria de la plebe, hasta que al fin nos lo dieron en el colegio de S. Nicolas Tolentino, donde el catedrático D. Francisco Castañeda nos trató con el mayor cariño y caridad.

Desde entonces se nos trató con el mayor rigor, quitándonos toda comunicacion, y lo atribuimos á que Allende daria noticia al cura Hidalgo de nuestra conversacion en Indaparapéo la noche ántes, pues todas las órdenes rigurosas nos venian del cura. Permanecimos tres dias en aquella ciudad, y en la mañana siguiente entró en el colegio el mariscal Balleza, insultándonos á gritos á vista de mucha gente, diciéndonos que eramos unos bribones, que habiamos hecho emponzoñar el aguardiente de la tienda de un europeo, que se habia sabido que los indios se estaban muriendo en la plaza por nosotros, y que habiamos puesto un correo á Méjico: le contestamos que no conociamos á nadie en la ciudad para tomar semejantes providencias, que se practicasen las diligencias mas exquisitas, pues todo era falso, y

que en levantarnos semejantes testimonios, no podia llevar otro objeto que el de indignar mas á la plebe contra nosotros. Entonces cojió la espada de un centinela para dar sobre nosotros; pero al retirarnos unos pasos atrás se contuvo, y nos puso cuatro centinelas con orden de envasarnos si hablabamos con alguno.

Por la noche pidió el conde Rul un confesor, y el cura Hidalgo le envió un fernandino, á quien concluida su confesion le pidió que confesase tambien á su hijo; pero estando en ella, vino una orden de Hidalgo para que la suspendiese y pasase á verlo.

Poco despues volvimos á oír alborotado el pueblo y disparar la artillería: nos cerraron la puerta del cuarto, dejando las centinelas de parte de afuera; nos hincamos á rezar el Rosario y nos volvieron á abrir prontamente la puerta poniéndonos dentro cuatro centinelas, con orden de pasarnos de parte á parte si nos moviamos.

No les hicimos caso y seguimos rezando, y al concluir vimos seis soldados con hachas encendidas, puestos en semicírculo en la puerta, y entró un ayudante del cura llamándonos por nuestros apellidos, *García Conde, Rul y Merino* (creimos que nos habia llegado la hora) *quédense aquí y salgan los demas*, que eran el padre Ondarza que cojieron con nosotros en Acámbaro, el ayuda de cámara de Rul y el hijo de este, por quien pidió su padre se lo dejasen y se le concedió; pero á los otros dos los juntaron con una porcion de europeos que habia en otros cuartos, y los llevaron todos á la cárcel, á incorporarlos con otros muchos que habia allí.

Luego conocimos que el ejército marchaba al dia siguiente, y que nos dejaban allí para salir con él, sin embargo de haber pedido lo contrario, para podernos curar de las heridas, pero no se nos concedió.

Volvimos á Acámbaro haciendo mansion en los pueblos de Indaparapéo y Zinapécuaro, y allí se hizo la gran promocion, nombrando al cura de generalísimo; á Allende de capitán general; al padre Balleza, á Ximenez, á Arias y á Aldama de tenientes generales; y á Abasolo, á Ocon y á los dos Martinez de mariscales de campo, con cuyo motivo hubo misa de gracias y Te-Deum con repiques y salvas, y despues se pasó una revista al ejército, reducida á formar regimientos de á 1.000 hombres de á pié y de á caballo, y pasaban de 80.000.

Los nuevamente ascendidos se pusieron sus uniformes y divisas, siendo el de Hidalgo un vestido azul con collarin, vuelta y solapa encarnada, con un bordado de labor muy menuda de pla-

¹ Esto es en Acámbaro.

ta y oro, un tahalí negro también bordado, y todos los cabos dorados, con una imagen grande de Nuestra Señora de Guadalupe, de oro, colgada en el pecho.

El de Allende, como capitán general, era una chaqueta de paño azul con collarín, vuelta y solapa encarnada, galon de plata en todas las costuras, y un cordón en cada hombro que dando vuelta en círculo, se juntaban por debajo del brazo con botón y borla colgando hasta medio muslo: los tenientes generales con el mismo uniforme, solo llevaban un cordón á la derecha, y los mariscales de campo á la izquierda.

Los brigadieres, á mas de los tres galones de coronel, un bordado muy angostito; y todos los demas la misma divisa de nuestro uso.

A todo el que presentaba mil hombres, lo hacían coronel y tenía tres pesos diarios: igual sueldo disfrutaba el capitán de caballería: el soldado de á caballo un peso diario, y cuatro reales el indio de á pié: los generales y mariscales de campo me decían que no tenían sueldo alguno, y que ántes bien habían gastado todos sus intereses; pero lo cierto es que triunfaban y gastaban cuanto querían, como que en los saqueos cojian anticipadamente lo mejor.

Salimos el día inmediato para Marabatio, y de allí para la hacienda de Tepetongo, y á poco de haber salido de esta población (Marabatio) hubo una alarma, diciendo que los gachupines se iban apareciendo en la loma inmediata, con cuyo motivo se hizo avanzar el ejército, que segun el desorden en que marchaba siempre, y la gran cola que hacia, esta operacion era de muchas horas, pues los indios iban cargando á sus hijos, carneros y cuartos de res, y es de advertir que de los saqueos que hacían, se llevaban las puertas, mesas, sillas, y hasta las vigas sobre sus hombros.

Se llegó á nosotros el general Balleza y nos hizo atar á los cuatro que íbamos en el coche, á pesar de que los dragones de escolta se resistieron á hacerlo, y hasta lloraron al tiempo de ejecutarlo.

El motivo de este trastorno no fué otro, que dos europeos escapados de una hacienda que vieron correr, los que ya cojidos, se apaciguó el alboroto y nos desataron.

Después hicimos las jornadas á la hacienda de la Jordana, Ixtlahuaca y Toluca sin novedad particular, mas de la corriente de los insultos y gritería continua de la indiada.

A la salida de esta ciudad, donde nos quedamos con el padre Balleza, después de haber marchado el ejército empezó la plebe á saquear la casa de un europeo, la que atacada por su guardia, fué acosada y encerrada en el cementerio de la parroquia, desde

donde el citado Balleza empezó á predicar contra los gachupines, diciéndoles que no habían hecho mas que quitarles el pan de las manos; pero que pronto serían los indios dueños de todo; que ellos no trabajaban ni se exponían con otras ideas; pero que no por eso debían saquear las fincas ni las casas, cuyos productos se repartirían después con igualdad; que Nuestra Señora de Guadalupe era la protectora de su causa, y que ya que la había comenzado felizmente, con la misma felicidad la concluiría: les tiraba puñados de medios de cuando en cuando, alternándolos con las voces de *mueran los gachupines*, de suerte que juntó multitud de plebe, y se marchó con su guardia dejándonos á su discrecion, pues solo teníamos una corta compañía de escolta repartida en dos coches, muy distantes uno de otro, y amenazados por los insultos y gritería de ser despedazados.

Allí me tomaron los indios de su cuenta, empeñados en que yo era el general Calleja, y así se me amontonaban, diciéndose unos á otros: *mira al descolorido y descalabrado, es el bribon de Calleja; ¡ah perro! ahora no te has de escapar*, y otras insolencias mucho mayores, que obligaron á la guardia á desengañarlos de que yo no era el que pensaban.

Aquel día nos dirigimos con el ejército, no á Lerma como era regular dirigiéndose á Méjico, porque decían ellos que el general Trujillo estaba en aquella ciudad, y que había interrumpido el paso rompiendo un puente, y así se dirigieron á Santiago Tinguistengo, saliendo el día inmediato para el Monte de las Cruces, sitio y accion memorable para nuestras tropas y armas, que con otras dos piezas de artillería que hubiesen tenido de su parte, hubieran conseguido la mas completa victoria solos 800 hombres contra mas de 80.000; es verdad que nos hubiera costado las vidas á los pobres europeos prisioneros; pero nada importaba esto en comparacion de la gloria y utilidad que resultaba, en honor de una corta division de soldados valientes, acreedores á los mas altos elogios por su valor.

Sí, Sr. Exmo.: aunque yo no estaba asegurado de la exacta fuerza que tenían los nuestros, me presumí desde luego, por el conocimiento que tenía de los terrenos, á causa de haber sido el director de aquel camino, que el corto espacio que se defendía no era capaz de mucha guarnicion, y aunque la situacion local era muy ventajosa, sabiendo á punto fijo que el ejército insurgente pasaba de 80.000 hombres, por mas desordenados é indisciplinados que estuviesen, debía tardar poco en decidirse la accion; pero no fué así, porque duró mas de seis horas y media, y les costó mucha sangre, confesando ellos mismos que hubieran sido del todo derrotados y rechazados, si hubiesen tenido los nuestros otros dos cañones.